

ala delta

Jorge WERFFELI

RINO, ECOLOGISTA



Todas las noches, después de acostarse, Rino se introduce en el maravilloso mundo de los sueños para vivir las más fantásticas aventuras. Un día decide convertirse en el primer rinoceronte ecologista. Se siente muy feliz hasta que alguien pone en funcionamiento una «negra» fábrica.

Jorge Werffeli es conocido, ante todo, por sus ilustraciones, pero a veces cambia el pincel por la pluma para contarnos historias llenas de fantasía y ternura.

Índice de contenido

Cubierta

Rino, ecologista

1. El mundo de los sueños
2. Las flores gigantes
3. El Ladrón de Colores
4. La imaginación de un niño
5. Epílogo

1. El mundo de los sueños

Rino era un rinoceronte
que solía dar largos paseos
por el mundo de los sueños.

Cada noche, mientras Rino dormía,
iba abriendo una por una las distintas
puertecitas de ese mundo maravilloso,
donde vivía las aventuras más fantásticas
que os podáis imaginar.

Durante un sueño que tuvo
en una cálida y tranquila
noche de verano,
abrió la puertecita que escondía
los secretos del Bosque Encantando.

Atraído por una brillante luz
multicolor, entró lleno de curiosidad
sin pensárselo dos veces.

Rino quedó fascinado:
cientos de mariposas con sus alas
cubiertas de números y letras
al volar dejaban el cielo
cubierto de versos y poemas.
Los árboles con su follaje,
formado por rayas y lunares
de brillantes colores,
iluminaban el paisaje.

Un Sol con gafas de sol
y sombrero de sol
lo miraba con simpatía.

A sus pies, un largo y profundo
camino se perdía en la distancia,
bordeado de frutos y hortalizas
enormes, capaces de sorprender
al más experimentado cocinero.

—¡Hola, majo! —oyó de pronto.



Sobresaltado, Rino se volvió tratando de descubrir al dueño de tan poderoso vozarrón.

No podía creerse que quien lo había saludado era una casa.

Extraña casa,

que tenía ventanas por ojos,
una nariz roja,
y por puerta una gran boca
que le sonreía amablemente.

—¡Anda ya! —dijo Rino—.

Es la primera vez que veo
una casa que habla.

—No sé por qué te asombras,
si esto es un sueño, y éste
es el Bosque Encantado
—respondió la casa con gran seguridad.

—Tienes razón —pensó
en voz alta—. ¡Pero ahora veo
que también tienes pies!

—¿Sabes qué pasa? —explicó
la casa—. Estoy aburrida de vivir siempre
en el mismo lugar del bosque,
por eso cada día voy andando
un poco y cambiando de lugar;
suelo dejar una nota para
que por la noche me encuentren.

—¡Menudo enfado el de tus
dueños! —comentó Rino—.
¡Pero no me líes más!, que
aún debo andar y ver todo esto.

Rino se despidió y emprendió
el camino que le permitiría recorrer
los mil y un rincones del soñado
bosque; descubriendo a cada paso
nuevas sorpresas que
no os contaré, para que vosotros
las podáis imaginar
y dibujar cuando os apetezca.

Antes de despertarse,
Rino pudo ver
cómo a lo lejos
su casa amiga
lo despedía soltando por
su chimenea un bonito arco iris
(y no humo, por no contaminar).
Tras un gran estallido
de colores y de aparecer
una luz fuerte y blanca,
Rino abrió sus ojos
para regresar a la realidad.



2. Las flores gigantes

¿Conocéis el País de las Flores
Gigantes?

Pues se encuentra
entre el País de las Ilusiones
y el de los Juguetes Animados.

Y ése sería el próximo destino
de Rino durante sus sueños
de esa noche,
aunque aún no lo sabía.

Mientras se ajustaba
su gorro de dormir,
Rino pensó: «Estoy fatigado
de vivir cada noche
varias experiencias distintas.»

Mi próxima visita será
por un mismo sueño».

—Así no hay quién aguante
semejante trajín —balbuceó
mientras sus párpados de rinoceronte
se cerraban vencidos
por el cansancio;
y es que Rino dormía,
pero no descansaba.

Un dulce y agradable
aroma recibió a Rino,
tras cerrar la puertecita
con dos vueltas de llave.

Rino se preparó para vivir
una larga y emocionante aventura
en el nuevo país desconocido.



Guiándose por su olfato,
siguió la pista que marcaba
el perfume.

A medida que Rino avanzaba,
el aroma se hacía más intenso y fuerte.

Tras subir una pequeña cuesta,
pudo ver cómo cientos

de flores gigantes le daban
la bienvenida, aplaudiéndole
con sus enormes hojas.

—¿Sabes que eres
un rinoceronte muy guapo?
—le dijo una flor descarada.

Tratando de esconder
el rubor que pintaban sus mofletes
(ya que era un rinoceronte muy tímido),
y fingiendo cierta seguridad,
Rino preguntó:

